

## VIII

Justo detrás de su espalda demacrada por el encierro estaba la puerta negra y oxidada de dos hojas. Él podía palpar el frío picaporte de bronce mientras permanecía de pie en el borde del escalón de la entrada a su PH. A su lado se encontraba su abogado, parado sobre las baldosas rotas y haciendo equilibrio para no pisar caca de perro, en una angosta vereda atestada de movileros, muchos de los cuales también ocupaban parte de la calzada de una sola mano y por la que transitaban, uno detrás de otro, autos particulares, colectivos y taxis que al pasar por allí debían bajar la velocidad para no embestir a nadie, lo que era aprovechado por sus ocupantes de dichos vehículos para echar un vistazo a semejante aglomeración de personas que dejaba en evidencia que un acontecimiento fuera de la común estaba alterando aún más una rutina de por sí desordenada.

“Lo único que voy a decir es que a mí me colgaron el cartel de la condena social y mediática sin ninguna prueba en mi contra. Me metieron preso sólo porque un par de personas, que en realidad no me conocen, dijeron que soy un violento”, aseguró Orhan, quien esa mañana había abandonado la prisión federal luego de que el juez Semedo, en el último día de los 30 que tenía de plazo para resolver la situación procesal del imputado, le otorgó la excarcelación por falta de mérito; razón por la cual, la prensa, apenas se conoció el fallo, se había dirigido hasta su PH para entrevistarlo.

La “falta de mérito” implicaba que no había pruebas suficientes para dictar su procesamiento (y menos la prisión preventiva), pero seguía bajo investigación hasta que, llegado el caso, el magistrado ordenase su sobreseimiento, lo que lo desvincularía definitivamente del caso.

“Quiero aclarar que nunca conocí a ninguna amiga ni familiar de Camila y ellos crearon una novela en la que yo tenía el papel de novio celoso y agresivo, cuando jamás la insulté ni amenacé, ni a ninguna otra mujer en toda mi vida”, continuó el turco, a quien la bronca no le permitía mostrarse contento, mientras los últimos movileros en llegar se acomodaban a un costado, debajo del toldo de la panadería lindera al inmueble de Orhan.

“Psicológicamente me arruinaron la vida y a mi familia también”, prosiguió en medio de los flashes y la confusión que generaba de un constante griterío en el que él apenas podía distinguir palabras sueltas y frases entrecortadas.

“Camila”, “dolor”, “el femicidio”, “¿y el culpable?”, “tu inocencia”, “la justicia”, “estar en la cárcel” alcanzó a oír entre una maraña de micrófonos, grabadores, teléfonos, cámaras fotográficas y de video, estas últimas conectadas con gruesos cables a las camionetas de los canales de televisión que se hallaban estacionadas a la vuelta de la esquina.

“Yo quiero a este país porque acá pude estudiar y trabajar. Y también conocí a excelentes personas. Pero no puedo entender cómo se puede seguir viviendo en un sistema que te tilda de asesino tan fácilmente. Así que en cuanto la justicia me lo permita me voy a ir de la Argentina. Una verdadera lástima”, agregó Orhan al tiempo que trataba de dar media vuelta para abrir la puerta, a la que seguía aferrado como si fuese una vía de escape de aquella pesadilla que estaba viviendo despierto desde hacía más de un mes que, en prisión, le había parecido un año.

-¿Te arrepentís de algo? -vociferó una movilera radial empujando a sus colegas y colocando el micrófono tan cerca del rostro del joven turco que llegó a rozarle la nariz.

-Mi único error fue haber tenido miedo -Orhan se hecho hacia atrás para alejarse del aparato y visiblemente molesto le dirigió una mirada fulminante a la periodista, quien no modificó su postura un ápice-. Por eso mentí cuando dije que no había llamado a Camila la noche del crimen. Pero esa mentira no me convierte en un asesino.

Al acabar con su respuesta, Orhan atravesó la puerta y apenas puso un pie en el pasillo la cerró de inmediato, tras lo cual, caminó rápido hasta el interior de su domicilio en el que lo esperaban Gretchen y el novio de ésta, quienes ya habían sido alertados de su arribo y lo recibieron a los abrazos.

“Por favor, ya hablaron con él, ahora les pido amablemente que lo dejen tranquilo para que pueda descansar ya que ha tenido que soportar varias semanas muy, pero muy duras. Sepan entender”, indicó Céspedes, quien había subido al escalón para ocupar la posición que acababa de dejar su defendido y ahora sostenía el picaporte de la puerta para evitar que algún integrante de esa desbocada manada se atreviera a registrar imágenes de lo que ocurría adentro de la propiedad.

-Doctor, ¿usted cree que su defendido es un perejil? -preguntó el cronista de un canal de noticias apenas la tensión se disipó y los ánimos se calmaron a la par del volumen de la voz de los presentes.

-Absolutamente. Y no lo digo solamente yo: lo dicen los peritos que practicaron el cotejo de ADN que dio resultado negativo y déjenme decirles algo más, y con eso termino -el abogado se acomodó sus anteojos rectangulares de marco grueso y negro-: aquí hubo un atropello de los derechos de mi cliente por parte de la Policía, a raíz de lo cual, hemos radicado una denuncia por robo e introducción de pruebas falsas ante el juez de la causa, quien ha ordenado investigar la presunta comisión de esos delitos.

-¿En qué se basa la denuncia? -insistió el cronista.

-Se basa en que durante el allanamiento en el que se llevaron detenido a Orhan se robaron una suma de dinero en Euros y, además, cuando él estuvo en prisión, modificaron su perfil en la red social Facebook para mostrarlo como una persona violenta y machista.

-Esa es una acusación muy grave... -intervino la movilera radial.

-Claro que lo es y por eso contamos con el total apoyo de la Embajada de Turquía que ha presentado un escrito en el juzgado para acompañar nuestra denuncia.

Céspedes aprovechó el desconcierto de los periodistas, que se quedaron callados por unos segundos sorprendidos por semejante información, y luego de agradecer y despedirse cruzó la puerta para ir al encuentro de su defendido, con quien debía sentarse a dialogar sobre los próximos pasos de la estrategia de defensa.

El subinspector Bernardelli estaba sentado frente a su escritorio cuando se enteró de las declaraciones del abogado del joven turco a través de los portales de noticias que él chequeaba regularmente a través de Internet, ya sea desde su *smartphone* o de la computadora con la que trabajaba a diario.

Un rato antes había visto a su jefe salir del edificio solo y con rumbo desconocido, por lo que lo llamó al celular para avisarle sobre la denuncia que supuestamente había presentado la defensa de Orhan.

-No te preocupes, Bernardelli -el inspector Vila procuró sonar calmo pero a la vez serio-. Este abogado siempre hace lo mismo. Lo conozco desde hace mucho y odia a los policías.

-¿Entonces no hacemos nada? -el subinspector caminaba de una punta a la otra de la vereda de enfrente a Homicidios, adónde había salido a hablar para tener más privacidad.

-No dije eso. Lo que quiero que haga es que, cuanto antes, me entregue una lista con los nombres de todos y cada uno de los efectivos que participaron del procedimiento, porque quiero estar preparado ante un potencial sumario administrativo interno, ¿me entendió?

-Sí, señor. Ya me ocupo de eso y en cinco minutos se la dejo en el escritorio.

-No, no. Prefiero que me la des a mí en mano. No quiero arriesgarme a que la vea alguien más.

-Ok.

-El tema es que no creo que pueda volver a la oficina hasta la tarde.

-¿A dónde se la llevo?

-Estoy en la cafetería que está enfrente del Cuerpo Médico Forense de la Corte, en la zona de Tribunales. Ahí te espero -indicó Vila y acto seguido cortó la comunicación ya que no quería hacerle perder el tiempo a la doctora Rawson, a quien había convocado para hablar sobre los resultados del peritaje genético que habían devuelto su investigación sobre el crimen de Camila prácticamente a fojas cero.

El inspector Vila y la doctora Rawson charlaban desde hacía un largo rato junto al ventanal lateral del salón de la cafetería, cada uno sentado en un sillón individual marrón claro, enfrentado uno con el otro y separados por una mesa de color pastel y con patas *wengué* de por medio, sobre la que se apoyaban las bebidas que habían ordenado en el mostrador delantero en el que la fila de clientes se renovaba permanentemente. Ella había comprado un *Latte Macchiato* en un vaso de plástico blanco, de tamaño pequeño, y él un *Expresso* servido en un pocillo tradicional.

Mientras la pared del fondo parecía revestida en crema y decorada con detalles de caramelo, todo el mobiliario simulaba ser de madera en aquel moderno local,

perteneciente a una franquicia internacional que había hecho pie hasta en el rincón más alejado del Área Metropolitana, incluso aquellos con habitantes con un poder adquisitivo relativamente bajo y con serias dificultades económicas para abonar el precio promedio de las bebidas que ofrecía.

Esos muebles que aparentaban ser más de lo que realmente eran se complementaban con la claridad de las paredes, la cual se sumaba a la proveniente del exterior, generando una especie de brillo que envolvía el ambiente y atrapaba a los clientes, en su mayoría jóvenes que trabajaban y/o estudiaban en los alrededores del comercio, situado justo en una ochava y que contaba en la vereda con mesas y sillas de hierro negro protegidas por sombrillas verdosas.

-Me resulta un poco raro verte en un lugar como éste -expresó la perito, quien parecía más atenta a lo que sucedía en la calle, que mostraba su intenso movimiento habitual en una jornada laboral como aquella, sobre todo en la vereda opuesta, donde funcionaba una sucursal del Banco Nación.

-¿Por qué? -el detective levantó el pocillo y se lo acercó a la boca, pero no bebió. En cambio, se detuvo a pensar en que los allí presentes se veían como los muñequitos en una torta decorada para el cumpleaños de un niño.

-Digamos que tu estilo no es estar a la moda -Rawson se dio media vuelta sobre el asiento y echó un vistazo al resto de salón.

-¡Jajá! -reaccionó inmediatamente el detective y luego tomó un ruidoso sorbo de su pocillo-. No pasa por ahí. Te cité acá porque en los otros bares clásicos de la zona están los abogados y empleados judiciales de siempre.

Esos que observan y escuchan todo, y después lo tergiversan como en un teléfono descompuesto, se dijo.

-Es cierto -ella volvió a posar sus ojos marrones, sutilmente delineados, en el templado cristal del ventanal-. Veo más trabajadores bancarios que otra cosa.

-Y con todas las sucursales que hay en tan pocas cuadras a la redonda no es para menos... -Vila apoyó el pocillo sobre la mesa y se inclinó ligeramente sobre la misma para poder mirar a la distancia lo que ocurría en la sede del Cuerpo Médico Forense, ubicada sobre la otra calle, a unos 20 metros de la esquina, junto un comercio de insumos de computación y una farmacia, y que contaba con entrada propia para vehículos donde en ese momento estaba detenida una camioneta de la PFA con la inscripción “Unidad Criminalística Móvil” en su panel lateral.

Aprovechando el cartel con grandes letras rojas pegado al parabrisas y que identificaba su auto particular como un vehículo dependiente de la PFA, el subinspector Bernardelli se estacionó detrás de la camioneta de la fuerza detenida en la entrada del Cuerpo Médico Forense. Momentos antes había intentado dejar el coche en la cuadra anterior, junto al edificio de la Corte, el cual contaba con una garita policial en la esquina, pero no encontró ningún lugar disponible. “Con razón el jefe prefiere moverse por la ciudad en taxi o con chofer”, se dijo mientras cruzaba la calle en dirección a la cafetería luego de haber demorado, en total, unos veinte minutos para recorrer poco más de dos kilómetros. “Me debería comprar una moto”, continuó lamentándose, y plenamente consciente de que su madre se iba a oponer con tozudez dicha potencial adquisición, al tiempo que cruzaba la puerta vidriada de ingreso al local.

Bernardelli se sentó a la derecha del inspector Vila, dejando a la doctora Rawson sola del otro lado de la mesa ratona, y luego le entregó a su jefe una hoja con la lista de todos los efectivos que habían participado del ahora cuestionado operativo de detención de Orhan.

Vila ojeó rápidamente el listado y guardó la hoja en uno de los bolsillos de sus pantalones ante la atenta mirada del subinspector, quien se mantenía callado, a la espera de nuevas directivas.

-Relájese, Bernardelli –el inspector lo palmeó en el hombro-. Lo hecho, hecho está.

El subinspector asintió con un ligero movimiento de la cabeza y después se reclinó sobre el respaldo del sillón.

-¿Alguna novedad? –preguntó Bernardelli, esperando que cualquiera de los otros dos le respondiese con una buena noticia, aunque sabía que era poco probable que eso sucediera.

-Nada que no sepa –Vila se cruzó se piernas y apoyó sus manos sobre las rodillas flexionadas-. Estábamos hablando sobre la pericia genética.

-Justo venía pensando en la posibilidad de hacer una contraprueba para descartar que los peritos no se hayan equivocado.

La médica miró a Vila y bufó.

-Me parece Bernardelli que le vendría bien escuchar a la doctora para que vaya aprendiendo sobre el tema porque yo no puedo estar en todo. Mire el quilombo en el que me metió con lo del allanamiento en lo del turco...

Según Rawson, las pruebas de ADN como la realizada con Orhan llevaban varias semanas en arrojar resultados porque el Cuerpo Médico Forense, creado en 2009 por la Corte Suprema de Justicia de la Nación como un órgano exclusivamente pericial, realizaba un promedio de 1200 análisis de ese tipo por año y el 95 por ciento de ellos correspondían al área penal. A su vez, entre estos últimos, el 95 por ciento eran estudios de ADN nuclear, que contenían tanto el perfil genético del padre como de la madre; y el

resto mitocondrial, los cuáles analizaban una mayor cantidad de material (hasta mil copias por célula contra sólo dos) y comparaban únicamente la rama femenina ya que la mitocondria era herencia exclusiva de la mamá.

Y a esto había que sumarle unas 3200 autopsias, que se llevaban a cabo en la sede de la Morgue Judicial situada a unas diez cuadras de distancia, y el procesamiento de 45 mil muestras de tejidos.

El año anterior, por ejemplo, entre todos los casos penales hubo 200 homicidios dolosos, 22 de ellos con víctimas mujeres, especialmente jóvenes, como Camila.

Y para realizar todas esas tareas había tan solo 60 peritos capacitados, quienes debían afrontar estos complejos análisis sorteando diferentes obstáculos como un error en la toma de la muestra o la acción de agentes externos que podían derivar en la degradación o contaminación del material estudiado.

En ese sentido, la perito detalló que en el caso de Camila las muestras de sangre levantadas en la pared y la vereda se vieron afectadas por la lluvia caída sobre las mismas, por lo que en el núcleo diploide sólo se pudo identificar el haplotipo Y; es decir, el perfil masculino del ADN.

-Menos mal que el asesino no es una mujer porque jamás la podríamos identificar de esa forma -intervino Vila.

Rawson les dirigió una sonrisa cómplice.

-¿Y las muestras que se tomaron del cadáver que estaba seco? -preguntó Bernardelli.

-Bueno, esas muestras no sirvieron de mucho porque eran manchas que mezclaban la sangre de ella con la del asesino -respondió ella.

-¡Qué mala suerte! -se lamentó el subinspector.

-Tienen que pensar que si bien hay un sólo patrón genético por persona, cada uno comparte con el resto el 99,55 por ciento de su código y sólo el 0,5 por ciento es lo que lo hace único.

-Por eso la prueba de ADN tiene tan alto nivel de precisión -añadió el inspector.

-Siempre y cuando estén completos -aclaró Rawson-. Porque en este caso, el mismo haplotipo Y se repite en todos los hombres del mismo linaje: abuelo, padre e hijo.

-Igual, en lo que respecta al turco, sabemos que el abuelo y el padre no son sospechosos, por lo que si daba positivo estaba al horno -insistió el inspector.

-Lo bueno es que si bien el ADN se puede degradar con el paso del tiempo y la acción de agentes externos, como el agua, puede existir hasta 521 años.

-Entonces tenemos tiempo de sobra para encontrar al asesino -bromeó Vila.

-Y pensar que hasta mediados de los 80' el ADN sólo se utilizaba con fines médicos, para establecer paternidad -indicó Rawson.

-¿Cuándo fue la primera causa judicial que se resolvió por esa vía? -inquirió Vila, mientras el subinspector oía con atención, como un alumno en plena clase.

-En 1985, en Inglaterra. Se utilizó la prueba de ADN en un caso de migración en el que se probó que una mujer y un joven africanos eran madre e hijo y así este último no fue deportado.

-Ajá.

-Pero fue 1986, también en Inglaterra, cuando un joven confesó haber violado y asesinado a una adolescente pero luego el cotejo de ADN lo desmintió y fue liberado. Es más, ese cotejo permitió descubrir que el mismo homicida había violado y asesinado a otra chica en la misma zona pero tres años antes.

La doctora Rawson bebió el último sorbo de su *Latte Macchiato* y dejó el vaso de plástico vacío sobre la mesa, junto al pocillo del inspector.

-Y ahora que se descartó al turco, ¿qué van a hacer? –la mujer se dirigió a los policías mientras se limpiaba las manos con una servilleta de papel.

-Tenemos a otro sospechoso en la mira –Vila sonrió-. Así que vamos a profundizar esa pista. ¿No es así, Bernardelli?

-Claro –respondió el subinspector, quien no se veía tan optimista ya que en las últimas horas había entrevistado a la novia de Amadeo, aunque ese informe todavía no había llegado al escritorio de su jefe.

-¿Pudiste hablar con la novia? –continuó el inspector.

-Sí, sí.

-¿Y?

-Contó más o menos lo mismo que él. Lo único que no coincide es que ella no recordaba que el pibe haya tenido un ataque de nervios ese fin de semana.

-¿Y del teléfono surgió algún dato relevante?

-Poco y nada: sólo que antes de acostarse el pibe llamó varias veces a una chica que vive en el conurbano. Sería otra compañera de la Facultad.

-¡Cómo se hace el Don Juan! –bromeó el inspector.

-¡Jajá! –se rio Rawson acomodándose la pollera oscura que dejaba sus piernas desnudas desde las rodillas hacia abajo y que se combinaba con su saco del mismo color- ¿Cómo es ese chico?

Entonces Bernardelli buscó una foto en su celular y se la mostró.

-Es fachero, eh –señaló ella inclinándose hacia adelante con sumo cuidado para evitar que su camisa blanca se rozase con los elementos de la mesa, al tiempo que Bernardelli sostenía su *smartphone* con su brazo extendido.

-Por favor, doctora. Usted es una mujer adulta. Compórtese como tal –ironizó el inspector, a lo que Rawson estuvo tentada de aclarar que ella estaba recientemente separada.

-Ustedes son los tienen que comportarse mejor –la doctora agitó en el aire su dedo índice; en tanto, Bernardelli continuaba callado como si lo hubiesen colocado en penitencia.

-¿A qué te referís? –Vila suplantó la ironía por cierta preocupación.

-A qué van a tener que conseguir muchos más elementos si quieren acusar formalmente a este chico.

-Bueno, ya obtuvimos su muestra de sangre, de manera voluntaria claro está; y ahora tenemos que esperar los resultados del cotejo de ADN.

-Yo no pondría tantas esperanzas en ese peritaje –sugirió Rawson.

-Siempre me pregunté por qué siendo tan capaz seguís trabajando para la Policía en vez de la Justicia, que paga mucho mejor. Sobre todo, por los contactos que tenés en el Cuerpo Médico Forense de la Corte.

-Calculo que no trabajo para el Poder Judicial porque no tengo pito.

-Pobrecita...

-Igual, no me hago la víctima, eh. A mí me gusta ir a la escena del crimen.

-No hay nada más excitante que eso...

Vila siempre repetía esa misma frase cuando su esposa cuestionaba las razones por las que él, después de tantos años de sacrificio, seguía conectado a tanta muerte y violencia, en vez de pasar más tiempo en su casa, junto a ella y la hija de ambos, ya adolescente y para quien su padre se trataba prácticamente de un extraño aunque, a diferencia de su madre, no reclamaba nada de él porque desde que ella tenía memoria su papá siempre había estado ausente, excepto cuando se tomaba vacaciones.

-Tal vez, cuando sea más vieja y me canse decida cambiar de trabajo –analizó Rawson- y pasar más tiempo encerrada en el laboratorio.

-Entonces te vamos a tener con nosotros durante un largo tiempo más.

-No soy tan joven, eh.

-Para mí estás hecha una piba –Vila le guiñó un ojo y la médica se ruborizó.

Por su parte, Bernardelli no pudo evitar sentirse incómodo y miró hacia el mostrador de la entrada, como si buscara al mesero, hasta que cayó en la cuenta de que aquel era un puesto inexistente en ese tipo de cafeterías de auto servicio. Y al cabo de unos segundos de desconcierto, el subinspector finalmente se levantó de su asiento y se dirigió a hacer la fila para comprar una bebida.

Rosa colocó las doce empanadas, seis de carne y seis de jamón y queso, sobre una bandeja de cartón satinado, luego las envolvió en un trozo de papel de sulfito color gris y colocó el paquete dentro de una bolsa de nailon, que de tan delgada y blanca parecía transparente.

-¿Segura que no querés que te las caliente? -preguntó la mujer a su clienta antes de entregarle la bolsa, dentro de la cual también había apilado unas servilletas desechables-. Son dos minutos...

-No, doña. Gracias -respondió la joven Macarena mientras tomaba la bolsa que Rosa había dejado apoyada sobre el mostrador de su almacén, el cual funcionaba en la parte delantera de su vivienda.

-¿Cómo anda tu nene? -Rosa se limpió sus manos arrugadas en el delantal con el que solía cocinar, a la espera de que Macarena terminara de retirar los billetes de los bolsillos de su campera de tela *silver*-. Qué raro que no vino a acompañarla...

-Joaco anda bárbaro, pero quiso quedarse en casa con el padre -la joven entregó el dinero a la almacenera que preparaba, con la ayuda de su hija mayor, la comida que luego vendía en su local: empanadas, pizzas, sándwiches de fiambre, milanesas, papas fritas y hasta pollo al horno con papas.

-Está bien.

-Además, es tarde y está cansado porque hoy aprovechamos el feriado para ir a visitar a mi mamá y recién volvimos.

-Y sí, no son horas para que un nene ande en la calle, por más que estén acá cerca, a una cuadra -Rosa contó el dinero y como estaba justo lo guardó en la caja registradora del primer estante del mostrador-. Aunque hoy no hace tanto frío, ¿no?

-No, está lindo -Macarena subió hasta la mitad el cierre de su campera, dejando a la vista la parte superior de su remera de mangas cortas-. Bueno, Rosa. Me voy a calentar las empanadas en casa, que me deben estar esperando muertos de hambre. Gracias.

-Chau, nena. Cuidate -la almacenera caminó detrás de Macarena y apenas ésta cruzó la puerta de salida, de aluminio y vidrio, la cerró con llave.

Y como ya habían pasado unos minutos de las 21, Rosa bajó la persiana metálica que protegía la puerta y también la de plástico de la ventana que daba a la calle y que contaba con una reja de hierro.

El almacén ocupaba un ambiente y medio de la casa (había sido el dormitorio de su hijo al que se le anexó una parte de la cocina) y estaba ubicado justo en la ochava, mientras que en las otras tres esquinas de ese cruce de calles asfaltadas y bien iluminadas había otras viviendas tipo americana y pintadas de blanco, como la de Rosa.

Era un barrio donde predominaban las casas particulares y los autos estacionados frente a las mismas, en tanto; los comercios más cercanos, excepto por el mencionado

almacén, estaban situados sobre la avenida Perón, una cuadra hacia al oeste; y sobre la Monteverde, unos 800 metros hacia el sur.

Y en ese escenario (con) urbano, Rosa siempre terminaba sacando a sus vecinos de un apuro y así había logrado mantener sus puertas abiertas al público durante muchos años, mientras otros locales con mayor inversión en mercadería, personal y/o publicidad cerraban ante las constantes recaídas de los negocios de la economía interna, que seguía cada vez más desprotegida ante la producción importada por decisión del gobierno nacional.

Por su parte, Macarena cruzó la calle hacia el este y comenzó a caminar por la vereda de la mano izquierda en dirección a su domicilio, ubicado a pocos metros luego de doblar en la esquina siguiente. Tras haber dado unos veinte pasos en ese sentido, y en momentos en que pasaba por al lado de un tapial de mediana altura y bajo las ramas de uno de los árboles que se levantaban entre la vereda y el cordón, alguien la abordó por la espalda y la tomó del brazo.

Lo primero que pensó ella fue que se trataba de una broma de mal gusto de parte de su esposo que había ido a buscarla al almacén por pedido de Joaquín. Pero esa posibilidad quedó descartada en el instante en que ella intentó darse vuelta y le taparon la boca.

“Mirá para adelante y seguí caminando”, le dijo el desconocido. “Callate y no grites porque te lo clavo acá mismo”, la amenazó él, tras lo cual retiró la mano de la boca y le apoyó la otra, en la que sostenía un elemento punzo cortante, en el estómago.

Macarena sintió tanto miedo que sólo se animó a obedecer, en tanto que el agresor pasó su brazo por los hombros de ella y la obligó a caminar pegados, como fuesen novios.

Luego de andar unos metros a paso ligero salieron del cono de sombras que generaban las ramas y él le indicó: “Cruzá.”

Entonces, ambos trazaron una diagonal sobre el asfalto hasta la vereda de la mano derecha, donde en ese tramo había una hilera de árboles que se interponía entre ellos y la claridad de las luces del alumbrado público que colgaban de los torcidos postes de madera municipales en los que los vecinos colocaban sus bolsas de residuos en clavos y ganchos, ya que la mayoría de las casas no tenía cesto de residuos propios.

“No me hagas nada, por favor”, alcanzó a decir ella tras reunir un poco de valor. “Tengo un hijo”, agregó. Pero él sólo respondió con un “¡Shhh!”

En cuestión de segundos llegaron otra vez a un claro, por lo que el atacante le exigió a Macarena que volviese a cruzar la calle que continuaba vacía de tránsito, tanto peatonal como vehicular.

De nuevo sobre la vereda de la mano izquierda pasaron por adelante de un viejo camión estacionado en la entrada de la humilde vivienda de un chofer que se dedicaba a realizar mudanzas con aquel vehículo.

Macarena, quien con su mano derecha seguía sosteniendo con fuerza la bolsa con la docena de empanadas recién compradas, evaluó entonces la posibilidad de pedir auxilio junto a la ventana que daba a la calle porque ella conocía al camionero, pero desistió porque enseguida advirtió que a esa hora su vecino ya debía estar durmiendo porque se levantaba a las cuatro de la mañana para ir a trabajar, por lo que jamás la escucharía.

Paralelamente, con la mano izquierda tanteó el interior del bolsillo de su abrigo y comprobó que sólo tenía las llaves para ingresar a su casa. Entonces comprendió que había salido tan apurada a comprar la cena que olvidó llevarse el celular, que ahora

probablemente se encontraba en manos de Joaquín, quien solía usarlo para ver videos de *YouTube*, como la gran mayoría de los niños de su edad.

Pensar en su hijo profundizó el pánico y cuando Macarena y su captor llegaron a la esquina de la casa de la víctima, ésta deseó como nunca antes en la vida que Pablo, el padre de Joaquín, estuviese esperándola en la puerta, desde dónde se tenía una visión perfecta de la ochava. Pero al girar levemente la cabeza hacia ese lado sólo vio más soledad y sombras.

Cruzaron la calle transversal y a medida que avanzaron por la misma mano se acercaron a un descampado con una cancha de fútbol y lindero a la avenida que en dirección al norte desembocaba en el predio de la antigua estación ferroviaria. Me va a terminar violando ahí, se dijo Macarena, al borde del llanto y con su tembloroso cuerpo cubierto de un sudor frío que, sin embargo, no lograba hacer descender el calor furioso que la invadía de pies a cabeza.

A estas alturas, el pasto que crecía adelante de las viviendas aumentaba en altura, la vereda dejaba de ser de baldosas para convertirse en un piso de tierra y piedras, y los faroles del Municipio brillaban por su ausencia.

Ésa era una cuadra corta, comparada con la anterior, y en la siguiente esquina había un cruce con una calle sin asfaltar y una precaria casilla con un montículo de ramas y residuos quemados justo enfrente de su ingreso.

Faltaban pocos metros para llegar hasta allí cuando Macarena observó que de esa vivienda salía un hombre acompañado de un muchacho, eran padre e hijo aunque ella jamás se los había cruzado en el barrio, y entre los dos cargaban un tacho metálico con desechos que seguramente iban a arrojar sobre el montículo de basura.

Ahora o nunca, pensó la joven deteniendo su marcha de repente. “¡Ayúdenme! ¡Me quieren robar!”, gritó tan fuerte como pudo, ante lo cual, los dos vecinos miraron

hacia su posición, al tiempo que el agresor, sorprendido, reaccionó provocándole un corte en el codo derecho que le agujereó la campera.

Al sufrir el pinchazo, Macarena se echó unos pasos hacia atrás y quedó cara a cara con su atacante, y así alcanzó a ver que éste, visiblemente nervioso por haber perdido el control de la situación, llevaba puesto una gorra negra con visera que le cubría gran parte del rostro y un buzo oscuro.

“¡Ey!, ¡ey! ¿¡Qué hacés?!”, exclamó uno de los vecinos que corrían hacia el agresor, quien en ese instante le propinó a su víctima un segundo corte; esta vez, a la altura del estómago y que le perforó la remera que vestía debajo de la campera.

Inmediatamente después de aplicar ese puntazo, el atacante inició una alocada carrera y para evadir a los vecinos y cruzó la calle hasta la vereda opuesta, en la que bordeó un terreno baldío para luego continuar hacia el descampado, mientras padre e hijo lo perseguían e insultaban, hasta que en cuestión de segundos los tres hombres se perdieron de vista en la desolada negrura de aquella noche de terror.

Lo último que alcanzó a ver Macarena fue como el mayor de los vecinos, que casi habían alcanzado al agresor, corría con la mano derecha recogida a la altura de la cintura de su pantalón y decía: “¡Vení, hijo de puta! ¡No seas cagón!”. Y a su lado, su hijo blandía por encima de su cabeza una gruesa rama que había levantado del suelo. “¡Pará! No tengas miedo, que no vamos a llamar a la Policía”, gritó el joven.

-¡Pssst! ¿Estás bien? –preguntó una mujer adulta que acababa de salir de la casilla y se acercó hasta Macarena, quien permanecía de pie, prácticamente inmóvil, y aun sosteniendo la bolsa de las empanadas con el brazo cortado.

-Sí, sí –respondió la víctima con lágrimas en los ojos-. Es sólo un corte en el codo.

-Pero te lastimó también ahí –la mujer le señaló el estómago-. Mirá toda la sangre que tenés.

Macarena se miró la panza y recién entonces descubrió la herida provocada por el segundo puntazo, el cual para ella no había resultado tan fuerte como el primero.

-¿Querés que te llevemos al hospital? –la vecina la tomó del brazo ileso y lentamente la condujo hacia su vivienda, al tiempo que echó un vistazo hacia el descampado en busca de su esposo y su hijo, pero no advirtió ninguna señal de ellos.

-No, no hace falta –la víctima caminaba despacio, tomándose la herida del estómago-. Vivo acá nomás, a media cuadra.

-Bueno, te acompaño hasta ahí.

Macarena se encontraba en un cubículo de la guardia del hospital local junto a un enfermero que acaba de suturar sus dos heridas cuando apareció Susana, su madre, quien había sido alertada de lo ocurrido por Pablo, que ahora aguardaba en el pasillo junto a Joaquín luego de haber trasladado a su mujer hasta el centro asistencial en su propio auto.

-¿Estás bien, *mija*? -Susana quiso abrazar a Macarena, quien estaba sentada en la camilla, pero al verla adolorida sólo le acarició la cabellera.

-Sí, sí. No te preocupes -la joven estiró las piernas y apoyó los pies en el suelo-. Me dieron dos puntos en el codo pero en la panza varios más, así que voy a tener que venir día por medio durante una semana para curarme esa herida y no me quede una cicatriz.

-¡Ay, pobre! -Susana besó a su hija en la mejilla y ésta no pudo contener el llanto, a modo de descarga y que se prolongó un par de minutos en los que el enfermero aprovechó para retirarse sigilosamente del cubículo e ir a asistir a otro paciente.

-Ya está, ya pasó. Tranquila -la madre entregó a su hija un pañuelo descartable-.  
Fue una desgracia con suerte.

-El enfermero me dijo que la saqué barata -asintió Macarena luego de sonarse la nariz- porque me explicó que por cómo me quedó la herida de la panza el que me atacó usó un bisturí, que es muy filoso y puede provocar mucho daño.

-¡Qué loco de mierda! -Susana apretó los dientes, con rabia, y se sentó en la camilla, junto a su hija.

-Y eso que parecía una persona normal. No un chorro.

-¿No te robó nada?

-Nunca intentó sacarme nada.

-Hmmm... ¡Qué raro!

-Para mí que quería otra cosa...

Macarena se calló de pronto porque la sola idea de la violación la paralizaba.

-¿Y cómo era? Digo, físicamente.

-Era un tipo joven, pero no pudo verlo bien por el miedo y porque estaba oscuro.

-Claro.

-Sí me acuerdo que tenía una gorra negra, un buzo oscuro y que su voz era grave.

-Mirá: recién entró a la guardia un chico con una gorra de ese color en la mano y un buzo negro y pidió atenderse porque tenía un tiro en la pierna.

-¡¿En serio?! -Macarena miró a su madre con sus ojos irritados bien abiertos.

-Sí, ¿por?

-Porque puede ser el pibe que me atacó a mí.

-No creo -Susana rodeó suavemente con sus brazos a su hija, quien había vuelto a alertarse-. Este chico entró diciendo que le habían querido robar...

-Vos no entendés: cuando estaba llegando a casa para avisarle al padre de Joaco lo que me había pasado escuché a lo lejos como un estruendo, parecido a un tiro, pero en ese momento no le presté atención.

-¿Y? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

-Es que uno de los vecinos que salió a correr al que me atacó parecía tener un arma en la cintura.

-¡Ahhh!

-Para mí que se les fue la mano...

-No sería la primera vez, hija. Vos sabés cómo es el barrio.

-Sí, ya sé. Pero una cosa es cagar a palos a un chorro y otra muy distinta es pegarle un tiro.

-Bueno, Maca, vos no tenés la culpa de nada de eso. Así que no te hagas problemas...

-Tenés razón, má -Macarena se apartó con esfuerzo de la camilla y seguida por su madre salió al pasillo para reencontrarse con su hijo, quien se había llevado un susto bárbaro apenas vio a su madre ensangrentada en la puerta de su casa y pidiendo auxilio.

Le hubiese encantado poder alzar al niño, como lo hacía habitualmente. Realmente lo necesitaba. Pero ya no le quedaban energías y, además, el enfermero le había indicado reposo absoluto para que las heridas cicatrizasen lo antes posible.

Por ello, Macarena debió conformarse sólo con llevarlo de la mano hasta al auto y en el camino de regreso al hogar, cuando se detuvieron en una farmacia para comprar un antibiótico y antiséptico, le regaló a Joaquín una golosina para que la comiera de postre después de cenar las empanadas que ella había alcanzado a dejar arriba de la mesa de living comedor, antes de partir de urgencia rumbo al hospital.

## IX

La doctora Rawson era una destacada bioquímica que no sólo apoyaba la creación de un registro nacional de datos genéticos vinculados a los delitos contra la integridad sexual, sino que también impulsaba que se utilizaran las distintas bases de ADN que existían en el país para la investigación de todo tipo de crímenes violentos, no sólo los abusos y violaciones. Pero para ello hacía falta una legislación acorde que unificara criterios y sobre todo, una fuerte y clara decisión política.

“No se trata de hacer una base de datos solamente, sino de hacerla bien. No se puede subir un perfil sin que éste reúna determinadas condiciones porque cuanto mayor sea la calidad de ese perfil, menor será el margen de error”, sostuvo la doctora durante su exposición en el Seminario Iberoamericano de Genética Forense que se celebraba en la Ciudad de Buenos Aires y al que asistían reconocidos expertos del país y la región para intercambiar experiencias sobre los últimos avances en las técnicas de procedimiento desarrolladas en los laboratorios.

La perito policial explicó que, por ejemplo, para admitir un perfil en la base de datos el mismo debería contar con al menos 20 marcadores genéticos, que era la cantidad utilizada por el FBI norteamericano. “Muchas personas pueden coincidir con un perfil con pocos marcadores”, aclaró en ese sentido.

De hecho, la mayoría de los laboratorios del país utilizaban el *software* creado por el FBI para comparar los perfiles genéticos almacenados y sistematizados en los bancos de ADN.

Y adelantó que en su provincia natal, Mendoza, se disponían a presentar un proyecto de ley para ampliar el banco de ADN con los perfiles genéticos de todos los detenidos con condena o procesamiento firme y también de policías, empleados de

seguridad privada, personal del propio Cuerpo Médico Forense, trabajadores de las fiscalías y penitenciarios; todo ello para poder utilizarlo en la investigación de distintos delitos.

Para Rawson, un obstáculo para este proyecto podía llegar a ser la escasez de recursos ya que sólo la puesta en marcha del mismo costaba de entre 20 y 22 millones de pesos. Además de un aporte inicial de 17 mil muestras. Mientras que lo positivo radicaba en que una vez que comenzase a funcionar, este sistema llegaría a analizar un total de 20 mil muestras por año.

Sentado cómodamente entre el público, el inspector Vila escuchaba atentamente y se lamentaba al pensar lo productivo que hubiese sido para su investigación poder comparar el perfil genético del asesino de Camila con una base de datos ampliada como la que promovía su compañera. Es que el cotejo con el ADN de Amadeo también había dado negativo, como con Orhan, y aunque él nunca había tenido demasiadas sospechas fundadas sobre aquel estudiante, no dejaba de ser un traspie en el cada vez más sinuoso camino hacia el esclarecimiento del crimen.

De esta manera, a pocos días de la llegada de la primavera, al no haber ningún otro sospechoso identificado y con el joven turco en la recta final hacia su sobreseimiento definitivo, la causa por el asesinato de la joven chilena había dejado el juzgado para volver a la fiscalía, como al principio.

Además de la pintura al óleo, Azucena, la esposa de Vila, era una gran aficionada a las plantas; por lo que apenas florecieron las primeras begonias de su jardín armó una maceta chica y sencilla, y se la llevó al inspector durante una visita sorpresa, para que, según ella, le diera “un poco de vida” a su parca oficina, la cual no

desentonaba con el resto del edificio ni el barrio, a pesar de que tenía una buena iluminación a partir de los ventanales que daban a la calle.

Estas flores coloridas, poco exigentes y económicas, se convirtieron en las únicas de toda la sede de Homicidios, pero a Vila esto no lo avergonzaba en absoluto y, tal como lo hacía con los cuadros que su esposa pintaba y luego se los regalaba, colocó la maceta de begonias a la vista de cualquiera que ingresase a su despacho.

Los rayos del sol caían oblicuos sobre la gastada alfombra que cubría todo el suelo cuando Bernardelli, vestido en camisa de mangas cortas, entró a la oficina del inspector y no pudo evitar detenerse por un instante a observar la bella maceta colocada en la esquina del escritorio más cercana al ventanal, cuyas dos hojas estaban parcialmente abiertas, dejando a la vista las persianas bajas y cubiertas de *graffitis* del edificio abandonado y en venta que estaba ubicado en la vereda de enfrente.

-Me avisaron que me estaba buscando -el subinspector se quedó de pie junto al escritorio.

-Sí, Bernardelli -el inspector señaló la silla ubicada enfrente de él-. Siéntese.

El subinspector se ubicó en el asiento asignado, se cruzó de piernas y acomodó el cuello de su camisa.

-Usted dirá, señor.

-Acabo de hablar con la fiscal y se ha dispuesto difundir a través de los medios de prensa las imágenes de video que tenemos sobre el crimen de Camila.

-Ajá.

-El objetivo es que si la gente reconoce alguna característica particular del asesino nos ayude a identificarlo.

-Entiendo -Bernardelli estiró las piernas y se inclinó hacia adelante-. ¿Y vamos a publicar todas las imágenes?

-No, sólo un resumen, pero que abarque todas las instancias del recorrido que hizo el homicida.

-Ok -Bernardelli carraspeó-. Perdón que pregunte pero, ¿de quién fue la idea? ¿De la fiscal?

-No, mía.

El subinspector tragó saliva.

-Después del ADN negativo a ese chico Amadeo, sumado al del turco, nos quedamos sin sospechosos. Así que no hay otra opción.

-Ya sé, ya sé. No lo estoy cuestionando, jefe.

-Mejor.

-Es sólo que me sorprende que recurra a los periodistas cuando siempre rezongamos de ellos.

-¿Sabe qué pasa? Los periodistas pueden ser muy molestos, sobre todo los de la televisión, pero también sumamente útiles en casos como éste.

-Como un mal necesario.

-Tal cual. Así que ahora hay que estar atentos porque se van a difundir como teléfonos de contacto el número de la fiscalía y el de Homicidios.

-Está bien.

-Y hay que atender todos y cada uno de los llamados, y después seguir las pistas que puedan llegar a surgir.

-Clarito. Yo me encargo de conformar un equipo para recibir los llamados y que me informen cada novedad.

-Eso es justamente lo que quería de usted, Bernardelli: que se haga cargo y que me informe directamente a mí. No quiero que se filtre ningún dato para no volver a generar falsas expectativas.

-No se preocupe, señor. ¿Cuándo arrancamos?

-Mañana mismo se difunde el video, así que estemos listos para entonces.

-De acuerdo -Bernardelli apoyó ambas manos sobre el escritorio y amagó a levantarse del asiento-. ¿Algo más?

El inspector negó con la cabeza, tras lo cual, Bernardelli asintió y se retiró de la oficina.

De acuerdo al informe final de los peritos en Delitos Tecnológicos, el mismo sospechoso que había sido visto por el inspector Vila caminar detrás de Camila en los minutos previos al homicidio bajó del subterráneo en la misma estación que la estudiante chilena pero unos 10 minutos antes, a las 5.40; según las imágenes tomadas por cuatro de las cámaras de la empresa concesionaria de dicho transporte.

Luego, otras dos cámaras registraron cuando a las 5.43 y 5.44 caminaba solo por avenida Rivadavia, desde el 3900 hacia el 4000, hasta llegar a la esquina de la sucursal de un banco privado. Mientras que a las 5.51, el sospechoso quedó grabado por un domo del Gobierno porteño regresando hacia el lado de la boca del subte y merodeando en los alrededores, lo que reforzaba la hipótesis de que no conocía a la víctima y que la eligió al azar.

Pero lo más importante fue lo descubierto en otras dos cámaras: una, perteneciente a un comercio que registró al mismo joven a las 6.01 caminar rápido por la misma vereda del edificio de la víctima, como alejándose de ese inmueble; y la otra, de la PFA, que lo grabó en la esquina del pasaje y la avenida (a la vuelta del lugar del primer video) limpiándose las manos con un trozo de tela blanca; lo que para los pesquisas significaba que se estaba quitando la sangre que había quedado marcada tanto

en la pared lateral del edificio lindero al de Camila como sobre las baldosas de la vereda a la altura de la ochava.

Era viernes y ya oscurecía cuando Rubén llegó a su casa luego de una agotadora jornada laboral durante la cual él y su grupo habían adelantado una serie de trabajos para poder tener el sábado libre, ocasión en la que el padre de Romina y Luciano ya tenía previsto ir a jugar al fútbol al club.

Rubén era un hombre fiel a sus costumbres. Una de ellas era darse una ducha en el vestuario de la fábrica para no viajar todo sucio en el colectivo y, además, arribar a su domicilio listo ya sea para cenar, si es que llegaba tarde, o dormir una siesta reparadora antes de comer.

Otro de sus hábitos consistía en, apenas entrar a la casa, dejar sobre su sofá cama ubicado contra el ventanal que daba al patio interno el bolso en el que cargaba su overol azul, los zapatos de seguridad negros, el casco amarillo y otras herramientas; e ir a sentarse a la mesa de la cocina comedor donde su hija lo esperaba con unos mates.

Y esta vez no fue la excepción: saludó a Romina con un beso en la mejilla y le preguntó cómo había sido su día. Sin embargo, Rubén sentía que algo estaba alterando su rutina. Su mente parecía haberse quedado enredada en una idea vaga, más bien un recuerdo difuso respecto a una situación que había vivido horas antes.

-¿Vos estás bien? -preguntó Romina al ver a su padre desenfocado-. Tenés una cara...

-Estoy cansado.

-¿Seguro? -la joven le pasó un maté recién cebado y Rubén se lo tomó de una sola chupada que resonó en el ambiente.

-Estaba pensando en el caso de la estudiante chilena asesinada hace unos meses, ¿te acordás?

-Sí, ¿por?

-Porque hoy, mientras almorzaba con los muchachos en el comedor de la fábrica, pasaron en el noticiero un video con imágenes de la chica y del asesino -el hombre le devolvió el mate a su hija.

-Sabés que no vi nada porque estuve todo el día ocupada, de acá para allá.

-Al principio no le di mucha bolilla porque la verdad es que yo no me acordaba del caso, pero los muchachos se ve que sí y después de comer hablaron bastante del tema.

-Ajá -Romina se cebó un mate para ella pero no lo tomó enseguida porque el agua estaba muy caliente, como le gustaba a su padre y ella lo prefería más tibio.

-Se ve que me quedó dando vueltas en la cabeza.

-Y debe ser eso...

-Che, ¿y tu hermano?

-Está encerrado en su pieza y no quiere que lo molesten -Romina miró hacia la arcada del distribuidor que conducía a las habitaciones-. Como siempre, desde que le pasó lo de la pierna.

-Pobre. Esto de no poder ir a trabajar lo debe estar matando de aburrimiento y lo pone de mal humor.

-Ya lo queda poco para curarse del todo -la joven finalmente se tomó el mate.

-Esperemos -Rubén inclinó su cabeza hacia su izquierda y apoyó la mejilla de ese lado sobre la palma de su mano-. Tuvo una lesión grave que puede dejarle secuelas.

-Hay que ver qué le dicen los médicos, papi -Romina levantó la pava-. ¿Te cebo otro?

-No, gracias. Me voy a acostar un rato a tu cama, ¿sí?

-Dale. Yo me quedo acá.

-Avisame cuando esté la cena, así comemos los tres juntos.

Rubén se levantó de la mesa y se fue a recostar al dormitorio de su hija, que había sido el suyo hasta la mudanza de ella y estaba pegado al de Luciano, pero hacia el frente de la casa; mientras que el del joven, luego de la última ampliación había quedado encerrado entre la pieza de Romina y el baño, lo que a él no le molestaba demasiado ya que de esa manera el ambiente funcionaba como una especie de refugio en la que lograba aislarse del resto de la actividad del hogar.

Por su parte, Romina le quitó la tapa a la pava para que se enfriase el agua ya que tenía que seguir estudiando e iba a necesitar de la compañía de la fiel yerba verde por un rato más, al menos hasta que tuviese que preparar la comida.

Pero la joven también estaba cansada y no podía concentrarse. Así que sintonizó uno de los canales de noticias en el televisor de la cocina comedor y al mismo tiempo comenzó a mirar videos desde su *smartphone* y a *chatear* con sus contactos “disponibles”.

“*Me vas a decir que no te resulta familiar la forma de caminar de ese pibe?*”, le escribió Yanina desde el maxiquiosco y a través de *WhatsApp* mientras ambas comentaban las imágenes del caso Camila.

Pero Romina no le contestó enseguida porque desde que había visto por primera vez aquel video unos minutos antes se le había instalado la duda. Entonces dejó por un momento el celular y encendió la *netbook*, una de las últimas de fabricación nacional disponibles que Rubén había comprado exclusivamente para sus hijos dado que él no recurría habitualmente a la Informática ni a Internet al punto que su celular ni siquiera

era *smart*, para poder ver las imágenes en una pantalla más grande y con mejor resolución.

La joven miró el video una y otra vez, y le llamó atención la secuencia en la que el asesino aparecía cruzando la calle detrás de la víctima.

Eran casi las 20.30 y los nervios desbordaron a Romina, quien decidió ir a despertar a su padre.

-¿Qué pasa, Romi? -balbuceó Rubén tras sentir que su hija lo zamarreaba del brazo-. ¿Ya está la cena?

-No, no -respondió la joven, preocupada, mientras se sentaba en el borde de la cama.

-¿Entonces? -el hombre se irguió sobre el colchón.

-Papi, me parece que el del video es Luciano.

-¿Qué video?

-El de la chilena.

-No, Romi, ¡qué va a ser tu hermano!

Entonces la joven le mostró el video en la pantalla de su celular.

-Mirá como camina. Igual que Luciano.

Rubén se colocó los anteojos, tomó el aparato y observó las imágenes con detenimiento varias veces. Y a medida que pasaron los segundos su rostro fue empalideciendo y sus músculos se tensaron como un alambre.

-La forma de caminar, y de vestirse, es inconfundible -el hombre se volvió hacia su hija, quien tenía los ojos llenos de lágrimas, y le devolvió el celular-. Y la mochila es muy parecida.

-Ajá.

-No lo puedo creer.

-Yo tampoco, papi -Romina dejó el *smartphone* sobre el acolchado y tomó a su padre de las manos, con fuerza para tratar de que las suyas dejaran de temblar-. ¿Pero si no es y nos estamos haciendo la película?

-Tranquila, hija, tranquila -Rubén acarició la cabellera de Romina.

-¿Qué hacemos?

-Por lo pronto, vos andá a dar una vuelta para tratar de calmarte, mientras yo voy a hablar con tu hermano, ¿sí?

Romina se puso de pie y fue a buscar su cartera que había dejado colgada del respaldo de una de las sillas de la cocina comedor, tras lo cual, abandonó rápidamente la casa, sintiendo un nudo en la garganta.

En tanto, Rubén se dirigió al baño a lavarse la cara y luego golpeó la puerta de la habitación de Luciano, la cual estaba completamente a oscuras y en silencio. Al no obtener ninguna respuesta golpeó por segunda y tercera vez. Y nada. “Ya está la cena”, mintió en voz alta, pero esa carnada solo le permitió pescar más mutismo. Así que el hombre miró por el ojo de la cerradura y alcanzó a divisar la silueta de su hijo, de espaldas, sobre la cama y mirando la pared del fondo del dormitorio. Parecía estar dormido porque no se movía, aunque se notaba que respiraba hondo.

¿Y ahora?, se preguntó Rubén, quien instantes después fue sentarse a la cocina comedor, desde donde podía observar si la puerta del dormitorio de Luciano se movía. Y allí pasó un rato pensando la manera más adecuada de abordar a su hijo y armándose de valor.

Transcurrieron unos veinte minutos, aproximadamente, hasta que el hombre se atrevió a entrar a la habitación. Apenas cruzó la puerta encendió la luz, a lo que su hijo solo atinó a darse media vuelta sobre la cama y mirarlo callado.

Rubén advirtió que Luciano tenía colocado los auriculares y escuchaba música desde su celular, por lo que le hizo señas para que se quitara dicho dispositivo de los oídos, a lo que su hijo accedió.

-Tengo que hablar con vos -el hombre se sentó cerca de los pies de la cama, ante lo cual, Luciano se reincorporó y ambos quedaron cara a cara.

-El del video sos vos, ¿no es cierto? -Rubén apoyó su mano sobre el muslo de la pierna derecha, en la que el joven aún tenía colocado un tutor que le protegía la rodilla lesionada.

Luciano cerró los ojos y agachó la cabeza.

-Decime que no sos vos, que me equivoqué, decímelo...

Pero el joven siguió callado y entre lágrimas abrazó a su padre, quien también rompió en llanto.

En ese momento, Rubén escuchó el rechinar de la puerta de entrada a la casa y supo que Romina acababa de regresar, por lo que salió de la habitación de su hijo, cerró la puerta de la misma detrás de él y fue a encontrarse con su hija en la cocina comedor.

-¿Y? -la chica colocó sobre la mesa el pote de *telgopor* de un cuarto de helado en el que todavía quedaba más de la mitad del contenido.

-Romi, quedate tranquila -Rubén tomó a la joven de los hombros-. Ya hablé con él.

-¿Pero qué te dijo? -insistió ella, agitada.

-Ya es tarde -respondió el hombre rodeándola con sus brazos-. Mejor nos vamos a acostar y mañana, más calmados, vemos qué hacemos.

-Pero...

-¡Shhh! -la interrumpió Rubén y luego la besó en la frente-. Yo me voy a hacer cargo. No te preocupes.

Momentos después se dieron las buenas noches y cada uno se fue a acostar, el padre a su sofá cama y la hija a su habitación; pero a diferencia de su hermano, la chica dejó la puerta entreabierta, por si acaso.

Romina no había logrado dormir más que de a ratos y apenas escuchó unos sollozos provenientes del exterior de su dormitorio se levantó de la cama y salió al pasillo, donde comprobó que la puerta de la habitación de su hermano seguía cerrada. Entonces miró hacia el baño y advirtió que estaba desocupado, por lo que atravesó el distribuidor hacia la cocina comedor. Allí, su padre estaba sentado con la cabeza sobre sus brazos y estos apoyados en la mesa. Habían pasado pocos minutos de las dos de la madrugada y él tampoco podía dormir.

-¿Te pasó algo? -Romina colocó una silla al lado de él y se sentó.

-No, nada, hija -Rubén levantó la vista y ella advirtió que su padre había estado llorando hasta hacía unos instantes.

-Vos no tenés la culpa, papi -la joven acarició la espalda de su padre, a quien nunca había visto así en toda su vida.

-Hago todo mal.

-No es así.

-Sí, siempre me equivoco.

-En eso sí te equivocás.

-Nunca hice algo de lo que mis hijos pudiesen estar orgullosos -Rubén tomó una servilleta de papel de la mesa y se sonó la nariz.

-No digas eso. Yo siempre voy a esta orgullosa de vos -la hija miró a su padre a los ojos y pudo ver que él volvía a llorar, así que lo abrazó.

-Andá a acostarte, papi. Necesitás descansar -sugirió Romina una vez que cesó el llanto.

Rubén se levantó de la silla con esfuerzo y se dirigió lentamente hasta su sofá cama, en el que se acostó boca abajo, abatido. Mientras que su hija permaneció sentada en la cocina comedor, pensando y con la mirada perdida, hasta que se aseguró que su padre se había dormido.

Romina se dirigía hacia su habitación cuando al llegar al pasillo se cruzó con Luciano, quien en ese momento pretendía ir al baño, por lo que ella se paró enfrente para cortarle el paso.

-Si vos no fuiste, explicame cómo te hiciste ese corte en la mano, que fue, más a menos, para la misma época en que mataron a la chica chilena –lo instó la joven, con los brazos en jarra-. Nunca te asaltaron aquella vez, ¿no? Y ni me quiero imaginar cómo te lastimaste la pierna.

Pero su hermano no abrió la boca y corrió la vista.

-Yo sé que el del video sos vos. Miráme.

Luciano alzó la mirada y al hacer contacto con los ojos de Romina, bien abiertos y brillantes, no pudo contener las lágrimas.

-Fuiste vos. Sí. Fuiste vos -Romina lo rodeó con sus brazos y él dejó caer su cabeza sobre uno de los hombros de ella.

-Sí -le susurró él al oído, tras lo cual, dio media vuelta y rápidamente se introdujo nuevamente en su habitación, dejando a su hermana sola, parada a mitad del pasillo y a oscuras.

Romina tardó en reaccionar y, después de pasar unos segundos de pie y contra la pared, rompió en llanto, de manera tan desconsolada que su padre se despertó y enseguida se levantó para ir a verla.

-Papi, me dijo que el del video es él -alcanzó a decir la joven antes de desplomarse sobre el pecho de Rubén.

-Bueno, Romi. Ya está. Vamos a dormir y mañana vemos qué hacemos.

Sin embargo, ninguno de los dos pudo dormir demasiado durante el resto de la madrugada, al igual que Luciano, quien lloró a solas, encerrado en su habitación.

Rubén se levantó con los primeros claros de la mañana y se sentó a tomar mates en la mesa de la cocina comedor. Mientras esperaba que su hijo saliera de su habitación preparó el bolso con la indumentaria de fútbol y evitó los noticieros de la televisión que habitualmente lo acompañaban durante el desayuno.

Eran las ocho cuando Luciano salió de su dormitorio, pasó primero por el baño y luego por la cocina donde se sirvió un vaso de agua.

-Hijo -Rubén se paró al lado del joven, junto a la mesada de granito rosa de salto-. Yo en un rato me voy a jugar a la pelota al club, pero vos quedate en casa, ¿sí?

Luciano asintió.

-Calculo que volveré antes del mediodía. Así que hasta ese momento tenés tiempo para pensar muy bien lo que vas a decir porque yo, como padre, necesito que me des una explicación sobre lo que pasó. Ya sos grande.

El hijo bebió casi todo el contenido del vaso de un solo trago y ése fue el único sonido que emitió antes de volver a introducirse en su habitación.

Minutos después, Romina, quien había oído la voz de su padre desde su cama, fue hasta la cocina comedor y observó que el hombre se disponía a salir de la casa.

-¿A dónde vas, papi? -la chica se ubicó en una de las sillas junto a la mesa, mirando hacia la puerta de entrada.

-Me voy al club, pero vuelvo enseguida -Rubén levantó el bolso que había dejado listo sobre el sofá cama-. Le dije a tu hermano que no salga de la casa y que espere a que yo vuelva.

-Ok.

-Cualquier cosa me llamás.

Rubén se acercó hasta su hija y se despidió besándola en la mejilla.

Era una mañana soleada y templada, ideal para caminar por las calles del barrio y jugar al fútbol al aire libre. “Pero, ¿qué carajo estoy haciendo?”, se preguntó Rubén justo antes de llegar al club, donde su equipo tenía por delante un encuentro muy difícil contra uno de los punteros del campeonato. Arrepentido, dio media vuelta y emprendió el regreso a su domicilio.

Había recorrido media cuadra cuando sonó la alarma de su celular. Se trataba de un mensaje de texto de su hija. “Papi, venite a casa porque Luciano trabó la puerta de su pieza del lado de adentro y no me deja entrar. Tengo miedo. Vení ya!”, le escribió Romina.

Rubén entró a su casa hecho una tromba marina y fue directamente hasta la habitación de su hijo. Ni siquiera tocó a la puerta sino que la abrió de un golpe seco con el hombro ante la atenta mirada de su hija, quien ya no vestía su ropa de cama y prefirió quedarse en el pasillo.

El portazo no sobresaltó a Luciano, quien estaba acostado, tapado desde el cuello hasta los pies, y apenas giró la cabeza hacia la entrada de la habitación.

Su padre dio unos pasos ligeros hacia la cama y justo debajo de la misma advirtió unas manchas de sangre sobre el piso de cerámica.

-¡Luciano!, ¡¿qué pasó?! -Rubén se detuvo junto a la cama procurando no pisar la sangre derramada.

-Me golpeé.

-Levantate.

Para salir de la cama, Luciano primero tuvo que destaparse y cuando lo hizo quedó al descubierto su brazo derecho, ensangrentado.

-¡¿Qué te hiciste?! -el padre se inclinó sobre su hijo y observó varios cortes en el antebrazo de Luciano, desde la altura de la muñeca y hasta el codo-. Quedate acá. Yo ahora vuelvo.

Rubén salió de la habitación, en la que Luciano permaneció sentado en la cama, tomándose el brazo derecho con el izquierdo.

-Hija, yo no puedo vivir con esto en la conciencia -el hombre se dirigió a Romina, quien no había alcanzado a ver a su hermano pero estaba de igual modo impresionada.

-Yo tampoco, papi.

-Romi, que sea lo que Dios quiera. Él era un pibe normal, le dimos todo el amor que le pudimos haber dado. Yo lo tengo que entregar y que la justicia decida.

-Tenés razón.

Rubén y Romina cruzaron una última mirada en silencio y luego entraron a la habitación de Luciano.

-Vení con nosotros, hijo. Te vamos a llevar -indicó el padre extendiéndole una mano.

Luciano no pregunto a dónde. Tal vez pensó que lo llevaban a una sala de primeros auxilios. Y sin decir nada se fue al baño, se lavó y cambió de ropas; mientras tanto, Romina lo vigilaba y Rubén llamaba a un remis.

Rubén se ubicó en el asiento del acompañante, mientras que sus dos hijos lo hicieron en la parte trasera del vehículo, Luciano recostado sobre la falda de Romina y con un vendaje blanco en el brazo lastimado.

-¿Qué vamos a hacer, papi? -preguntó la joven al tiempo que frotaba sus delgadas manos sobre el pelo cortado al ras de su hermano, el cual sonaba como un cepillo.

-No sé, hija -respondió Rubén echando un vistazo hacia el asiento trasero, en el que Luciano estaba en posición fetal, con los ojos cerrados, como dormido.

-Lo que vos decidas va a estar bien.

El hombre le sonrió a su hija y luego se volvió hacia el frente.

-Todavía no me dijo a dónde quiere que los lleve -lo espetó el remisero, quien había iniciado la marcha lentamente hacia adelante, a la espera de las indicaciones.

-Agarre todo derecho por Perón que yo le voy diciendo -indicó el acompañante con la mano extendida.

Así fue que, minutos después, al llegar al cruce con la 850, Rubén le pidió al chofer que doblase a la derecha, que cruzara las vías y siguiera hasta la 853, donde debía girar a la izquierda y continuar cinco cuadras más.

-Acá está bien -le dijo Rubén al remisero, quien detuvo el auto en doble fila.

-Llegamos, Luciano -Romina palmeó a su hermano en el hombro pero el joven tardó en reincorporarse.

-¿Dónde estamos? -preguntó Luciano mientras se erguía sobre el asiento.

-Ustedes quédense acá que ahora vuelvo -Rubén se dirigió a sus hijos y luego le pagó el viaje al remisero-. Después decime cuánto te debo por la espera.

-¿Y cuánto va a tardar? -quiso saber el chofer, inquieto-. No puedo dejar el coche así, justo acá.

-No sé -le contestó Rubén antes de descender del auto y dirigirse hacia la entrada de la comisaría.

Los ojos de Luciano siguieron los pasos de su padre hasta que éste se perdió de su vista, una vez adentro de la seccional. Sentada a su lado, Romina también miraba por la ventanilla y tiritaba, pero no de frío ya que la temperatura había ido en franco ascenso lo que, sumado a un sol radiante, tornaba aquella mañana en el prólogo ideal de una primavera que se aprestaba a arribar formalmente.

-Quedate tranquila, Romi -Luciano posó su mano en la de su hermana-. Esto es lo mejor que podría haber hecho papá.

Apenas llegó hasta el mostrador de la recepción de la sede policial, Rubén pidió hablar con el comisario Rojas, quien en ese momento salía de su despacho y al reconocerlo fue a hablar con él.

-¿Usted está seguro? -el jefe de la seccional se rascó la nariz y lo miró sorprendido luego de oír la explicación de por qué se encontraba allí.

-Sí, estoy completamente convencido, comisario.

-Si usted lo dice... -Rojas torció la boca y se encogió de hombros, tras lo cual convocó a dos agentes que acomodaban papeles detrás del mostrador para que acompañasen al vecino hasta el remis.

Cuando Rubén pisó la vereda escoltado por los dos policías observó que sus dos hijos ya estaban afuera del vehículo y lloraban abrazados bajo un cielo completamente despejado y una luz clara que caía sobre ambos y dibujaba una especie de aura alrededor de sus cuerpos.

La claridad era tan intensa que obligaba a entornar la vista. Y cuando Luciano alcanzó a ver la presencia de los uniformes oscuros saludó a su hermana con un beso y caminó hasta dónde se encontraba su padre, a quien le dio un fuerte abrazo.

La situación se asemejaba a una despedida y de alguna manera lo era, por lo que el hombre no pudo contenerse y se quebró.

Y a pesar de que ya no le quedaban fuerzas ni ánimo, Rubén condujo a su hijo del brazo sano hasta el interior de la comisaria, donde Rojas dispuso que el joven quedase alojado en la enfermería, adónde un médico lo revisaría de las heridas para determinar si necesitaba ser trasladado a un centro asistencial de mayor complejidad.

El médico Mario Cristóforo fue quien revisó a Luciano y decidió que él mismo podía realizar las curaciones correspondientes sin necesidad de hospitalizarlo. Y una vez que concluyó con su tarea como facultativo fue a imprimir su informe al locutorio de la esquina ya que la impresora de la seccional no funcionaba (en realidad se había acabado la tinta del cartucho y no había repuesto) y se lo llevó personalmente al comisario, quien lo esperaba en su despacho, en el que aún se lamentaba tener tanto trabajo un sábado como aquel, tan diáfano, cuando él solía descansar los fines de semana y dejar todo en manos de su segundo. Pero este asunto era demasiado importante y él, como jefe, debía hacerse cargo.

-¿Tiene el informe, doctor? -Rojas estaba sentado detrás de su escritorio cuando el médico entró a la oficina.

-Sí, sí -Cristóforo se acomodó en la silla enfrentada a la del comisario y le alcanzó el documento que llevaba su firma y sello.

-No lo voy a leer ahora -Rojas apoyó la hoja de papel sobre una carpeta color marrón madera que encabezaba una pila de informes sobre su escritorio-. Hágame un breve resumen, por favor.

-Por un lado presenta lesiones punzo cortantes en la cara palmar del antebrazo derecho, de reciente data. Y si bien no se logra observar con claridad, según él, se escribió sobre la piel 'te amo papi'.

-¡Ah, bueno! Un loquito.

-Yo lo noté orientado en tiempo y espacio, y plenamente consciente de sus acciones.

-Ok. Continúe.

El médico recogió el informe del escritorio y le echó un vistazo rápido, tras lo cual, lo volvió a dejar dónde estaba.

-Estas lesiones cortantes fueron por presión y deslizamiento de un objeto con punta y filo, como podría ser un bisturí.

-Ajá.

-Por otro lado, se detectaron lesiones de mediana y antigua data, y con cicatrices. Aunque en estas circunstancias no es posible determinar si fue una lesión cortante o de otro tipo -el médico juntó las manos sobre su estómago y entrelazó sus dedos-. Tampoco es posible determinar la data.

-Y estas lesiones, ¿en qué parte del cuerpo las tiene?

-Hay una en del dedo índice derecho que presenta una cicatriz lineal que se correspondería con una lesión cortante suturada. Y el joven mismo manifestó que no

recuerda cuándo ni cómo se la hizo, pero sí que se la suturaron por la ART en la Capital Federal, aunque tampoco sabe dónde exactamente.

Me parece que no está tan loco sino que se hace, pensó el comisario y luego indicó en voz alta:- Continúe.

-También hay dos lesiones tipo cicatricial en dorso de mano izquierda, a nivel de la base del dedo meñique y del índice.

-Por lo que alcancé a ver también tiene una lesión en una pierna, ¿no?

-Sí. Experimenta dificultades para caminar ya que tiene colocado un tutor externo en la pierna derecha. Según él, hace dos meses le quisieron robar y le dispararon, por lo que fue asistido en una clínica privada de provincia, tampoco recuerda cuál, donde le diagnosticaron una fractura en la rodilla. Y al retirarle el tutor se confirmó la existencia de otra lesión tipo cicatricial de mediana data.

-¿Y tiene algún tatuaje o marca que no estén a la vista?

-Presenta un tatuaje en el omóplato derecho de una calavera con la hoz o guadaña, y otro en el izquierdo de la figura de una mujer con cuernos, un corte en la cara y suturada que él mismo describió como una 'diablita zombi'.

-Me hubiese dejado más satisfecho uno que dijera 'asesino' -bromeó el comisario, aunque al médico no le causó demasiada gracia.

-Mire, estos tatuajes podrían ser un mero indicio y en forma aislada no serían relevantes, pero si lo que dice el padre de este muchacho es cierto, en ese contexto sí adquieren relevancia porque son figuras que claramente remiten a la violencia y la muerte.

-Prefiero los tatuajes tumberos -Rojas le guiñó un ojo a Cristóforo-. Me llevo mejor con esos.

-Entiendo -volvió a tomar el informe para revisar las fotografías-. De todos modos en este caso no hay ningún mensaje oculto o cosa parecida.

-Seguramente.

-La imagen de la guadaña y la calavera son símbolos que se utilizaron con frecuencia en el arte medieval y el Renacimiento como un recordatorio de que la vida es finita y que tras ella nos espera la muerte y aquello que nos corresponda.

-El cielo, el infierno o el purgatorio. Sí, lo sé.

-He visto muchas pinturas que buscan representar la enfermedad y el hambre en la forma de un esqueleto con una capa con capucha. Y este personaje a menudo portaba una hoz o guadaña con la función de segar las vidas humanas con facilidad.

-Ya capté la idea, doctor -Rojas se inclinó hacia adelante y apoyó ambos brazos sobre el escritorio-. Gracias.

-Ok. Sólo quería dejar en claro que muchas veces la muerte con guadaña se considera como un agente del demonio, pero no siempre es necesariamente así.

-La muerte llega por igual a justos y pecadores, diría mi difunto padre -añadió el comisario, mortificado por la idea de que el destino final de aquella alma, como la de todos, dependía del tipo de vida que había llevado.

Rubén y Romina permanecieron varias horas sentados en uno de los bancos de la diminuta recepción de la seccional, sin comer nada y sólo bebiendo un poco de agua mientras presenciaron un desfile de varios jóvenes visiblemente alcoholizados que habían protagonizado una pelea callejera en una plaza cercana. Recién a media tarde se hicieron presentes en el lugar los detectives de Homicidios de la PFA, quienes habían sido notificados de la situación por el comisario Rojas y traían la correspondiente orden

judicial de aprehensión de urgencia para llevarse a Luciano, quien, por su parte, continuó en la enfermería y bajo la custodia de un agente policial.

Luego de una breve reunión en el despacho del comisario Rojas, el inspector Vila y Bernardelli, dialogaron con Rubén y Romina para explicarles que Luciano iba a ser trasladado a la alcaidía de los Tribunales porteños para quedar a disposición del juez Semedo y que ellos dos debían presentarse a declarar ante el magistrado en la Capital. Sin embargo, los detectives primero quisieron conocer un poco sobre quién era el sospechoso.

-Inspector, Luciano es un chico que trabaja, que adora a su hermana y la ayuda económicamente porque ella estudia en la facultad y no puede trabajar –Rubén se dirigió a Vila sin soltar la mano de su hija, parada a su lado en el pasillo que conectaba la enfermería y las demás oficinas con la recepción.

-¿No tiene antecedentes de hechos de violencia o maltrato? –preguntó Vila.

-No, para nada. Es un chico normal. Y nunca nadie me dijo algo malo de él.

-¿Y cómo se relaciona con las mujeres?

-Además de tener hermanas y primas, tiene amigas. A una la ayudó cuando la vio mal a la salida de un boliche y con otra se juntan a ver películas los fines de semana.

-Y en el trabajo –intervino Romina –tiene compañeras con las que se lleva bien y hasta les lleva la ropa que yo vendo.

-Entiendo –el inspector estaba cruzado de brazos mientras Bernardelli realizaba anotaciones en su libreta.

-Él tiene un nene chiquito que vive en el norte, con la madre. Y si bien no puede ir a verlo tan seguido como a él le gustaría con ella se lleva bien por más que estén separados.

-¿Y la madre de Luciano?

-Está allá también. Nos divorciamos hace años y ella se volvió a vivir al pueblo, se casó de nuevo y tuvo dos hijas.

-O sea que no tienen demasiado contacto.

-No, muy poco en los últimos años.

-Ajá.

-Inspector, usted tiene que entender una cosa –Rubén miró a Vila a los ojos-: si bien Luciano hizo lo que pasó, yo estoy orgulloso de ser su padre. Y si tomé la decisión de entregarlo es porque lo amo con toda mi alma. Evidentemente, él no está bien, y será lo que Dios decida.

-Mi papá tiene razón. Con Luciano siempre anduvimos juntos y él nunca dejó de cuidarme. Jamás. De chica no permitía que nadie me molestara o me hiciera algo malo. Y lo mismo con mis amigas. No le faltó al respeto a ninguna.

-¿Estás de acuerdo con la decisión que tomó tu papá?

-Claro que sí –la chica se soltó de la mano de su padre y la posó gentilmente sobre el hombro de Rubén-. Yo le dije que la chica asesinada podría haber sido yo. Además, como él dice: Luciano no está bien porque alguien que hace una cosa así no puede estarlo.

-¿De la cabeza?

-Y sí.

Romina bajó la vista y se quedó mirando el suelo durante unos segundos hasta que los detectives le avisaron a ella y a su padre que ya podían retirarse porque en minutos se iba a efectivizar el traslado de Luciano.